

Revista Mexicana de Pediatría

Volumen
Volume 69

Número
Number 5

Septiembre-Octubre
September-October 2002

Artículo:

Los desafíos de Pandora en el tercer milenio

Derechos reservados, Copyright © 2002:
Sociedad Mexicana de Pediatría, AC

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



www.medicigraphic.com

Los desafíos de Pandora en el tercer milenio

(Pandora's challenges in the third millenium)

Leopoldo Vega Franco

*“Nosotros no heredamos la tierra de nuestros padres,
la hemos tomado prestada de nuestros hijos”.*

Aforismo africano

La Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible, convocada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en Johannesburgo, fue una moderna caja de Pandora: de ella se expusieron, crudamente, las miserias y disparidades en que vivimos los habitantes de este mundo y los desafíos que representan para la salud de todos, el dispendio irrazonable de los recursos naturales, que ha trastocado entorno y amenaza la continuidad de todos los seres vivientes de este planeta, y en particular los niños, por la condición endeble de su organismo en crecimiento.

Después de la reunión de Río de Janeiro, en 1992, y de Kioto, en 1997, esta reunión puede ser la “tercera llamada” para actuar ante los retos para la salud y la vida; la pobreza galopante y el acelerado deterioro ecológico de nuestro planeta, son desafíos que precisan del esfuerzo y sacrificio de todos. Por eso, en esta reunión cumbre se discutió un plan de acción en busca de acuerdos para ejercer racionalmente la administración de los bienes que nos provee la naturaleza: el aire, el agua, la tierra, los bosques, las selvas y la diversidad biológica; en esta empresa todos tenemos una tarea que desempeñar, pero es necesario hacer conciencia de la responsabilidad que enfrentamos ante la magnitud de los retos. Por intranscendente que nos pueda parecer nuestra contribución, ante la colosal dimensión de los problemas, las calamidades que amenazan la vida en este planeta evocan la venganza de Zeus a Prometeo; por eso, es necesario el afán de todos para revertir la tendencia actual de estos problemas.

Es oportuno hacer de estas páginas un espacio donde reflexionar acerca de lo que significan para la salud y la vida de las generaciones de niños del futuro inmediato, el calentamiento de la tierra por el uso desmedido de combustibles fósiles, la destrucción de bosques y selvas

tropicales (con la consecuente extinción de sistemas ecológicos), la pesca excesiva e indiscriminada, la contaminación de los mares y su gradual aumento de nivel, y lo que implica la limitada disponibilidad de agua dulce en nuestro planeta (1.6% del agua total). A esta imagen apocalíptica, cabe agregar, el constante crecimiento de la población: de seis mil 200 millones, que somos actualmente, en 2050 llegaremos a cerca de nueve mil, a una tasa anual de incremento anual de 80 millones; de tal manera que, disminuir la tasa de natalidad es ahora una de las mayores tareas por hacer en el mundo en vías de desarrollo, ya que los países europeos, Japón y algunas naciones de este continente han logrado en últimos lustros abatir su crecimiento de manera importante.

Pero, ¿qué significado puede tener que no se abata la natalidad de los países en desarrollo? La ONU informó en Johannesburgo que en este momento mil 100 millones de personas no tienen acceso al agua potable y 2 mil 500 millones carecen de las condiciones mínimas de salubridad (como sanitarios o de sistemas de drenaje adecuados); advirtió que de no ejercer alguna acción para disponer de manera correcta y adecuada del agua disponible, la mitad de la población del planeta sufrirá escasez y esto incidirá en su salud física. Hizo notar que hoy día más de cinco millones de personas mueren anualmente por enfermedades vinculadas con el consumo de agua no potable, como cólera y disenterías; de esta población que fallece 2.2 millones son niños que mueren por enfermedades diarreicas en regiones que carecen de agua; señaló, además, que 10% de los niños del mundo en desarrollo están parasitados por lombrices intestinales.

De alguna manera estas cifras reflejan las disparidades que han acompañado a la humanidad en su historia milenaria; sin embargo, el despilfarro de los bienes naturales: unos por vivir en la pobreza depredadora de sistemas ecológicos

y otros por ser poseedores de la riqueza derrochadora de los recursos naturales, como el agua, y generadora de basura y contaminantes ambientales, como gases y productos químicos tóxicos, ha llegado a tal grado que en el umbral del presente siglo hemos llegado casi al borde del abismo. Las consecuencias han estado ante nosotros en los últimos años, en imágenes difundidas por los medios de comunicación televisiva, pero ahora las percibimos con mayor frecuencia así, hemos sido testigos del reciente desprendimiento de un glacial en el antártico; de la “nube marrón” que recorre Asia; de inundaciones sin precedente en varios países europeos; de la densa contaminación que ha abatido por varios días la capital de Rusia en este mes de septiembre; y de las prolongadas sequías en vastas regiones de África, Asia y los estados del norte de nuestro país. Tal parece que si no nos detenemos y empezamos a dar pasos atrás, llegaremos a un punto sin retorno.

Gran parte de estas amenazas se deben al llamado “efecto invernadero” provocado, principalmente, por la excesiva producción de dióxido de carbono y metano que se difunden a la atmósfera por el uso intensivo de combustibles fósiles: como carbón, petróleo y gas natural. Se estima que el calentamiento de la atmósfera terrestre empezó a ascender a partir de la “revolución industrial” del siglo XVIII pero su aumento ha sido vertiginoso en los pasados cincuenta años, debido al crecimiento industrial, al empleo masivo de transportes con motores de combustión interna y a las comodidades domésticas que requieren de energía eléctrica generada a partir de plantas termoeléctricas. Al aumento registrado en la temperatura atmosférica atribuido a estos gases, en la pasada media centuria se ha sumado la tala inmoderada de bosques y selvas que atrapan el carbono y liberan oxígeno, lo que ha desestabilizado extensos sistemas naturales en amplias regiones del mundo y con ello han aumentado los riesgos para la salud de las poblaciones más vulnerables. Ni aquellos que habitan en países desarrollados están a salvo ante este problema; basta recordar que alrededor de cinco años atrás, durante una semana de un insólito verano, una onda de calor causó numerosas muertes entre la población más vulnerable de la ciudad de Chicago: murieron por deshidratación ancianos, desvalidos y pobres. Tal parece que los factores ligados a la pobreza: como hacinamiento, habitación deplorable y deficiente alimentación, confirman la percepción de los médicos que ejercen en países que aún tienen amplios segmentos de su población sobreviviendo en la pobreza, como en México donde 18.4 millones viven con menos de 10 pesos diarios (un dólar) y cerca de 40 millones con no más de dos dólares.

Sea de manera directa o indirecta, los cambios climáticos ejercen diversos efectos que potencialmente pue-

den incidir en la salud de la población. A un lado de las perennes enfermedades que se manifiestan con una definida variación estacional durante la primavera-verano de cada año, resalta el hecho de que enfermedades que se creía estaban ya bajo control, han resurgido, y otras, pocas veces vistas o desconocidas por completo, se registran por primera vez. Su nexa con el cambio climático se debe al incremento en la población de millares de vectores de algunas enfermedades como el dengue; podría ser esta parte de la explicación al aumento de casos informados en México, a las autoridades de salud entre el año 2000 y lo que va del 2002 (en 2000, 2,339 casos y 50 con dengue hemorrágico; en 2001, 6,033 casos y 191 con hemorrágico; y para la semana 33 del 2002 (en agosto) 7,577 y 424 hemorrágico).

Tal vez en apoyo a este mismo argumento sea aún de mayor peso el que en el mes de diciembre de 1999 se haya presentado el primer brote de la enfermedad del oeste Del Nilo en la ciudad de Nueva York; en ese año el otoño-invierno no fue tan drástico como otros años lo que pudo favorecer que no mermara la población de *Aedes egipcy* y el virus, llevado por aves migratorias transcontinentales, encontró una población de vectores que favoreció la propagación del virus a aves, animales (como el caballo) y el hombre; desde entonces se ha extendido el problema por la unión americana y amenaza la población de nuestro país. Cabe mencionar que estas dos enfermedades tienen en común el mismo vector.

Mientras los países desarrollados se preparan para enfrentar este problema, tratando de minimizar los impactos en la salud, mediante la mejoría y expansión de los servicios de salud, preparando a la población para enfrentar los desastres y mejorando la tecnología disponible para crear ambientes propicios para la salud de quienes viven o trabajan en ellos, algunas naciones se han negado a firmar los acuerdos de Tokio (de reducir la emisión de gases) con el argumento de que tal medida frenará su economía. Es a estos gobernantes a quienes es preciso remover su conciencia con el mensaje del aforismo enunciado en el epígrafe: la tierra que heredamos no es nuestra, pertenece a las generaciones de niños que ya han nacido y nacerán en este siglo, hagamos uso apropiado de los bienes que les hemos tomado como préstamo; no olvidemos que el fonema tierra es otra manera de expresar lo que “en el sentido usual (significa) la palabra naturaleza, que se aplica a las esencias no modificadas por el hombre: el espacio, el aire, el río, la hoja del árbol, en tanto que arte hace referencia a la voluntad del hombre aplicada a esas mismas cosas”; con este pensamiento Ralph Waldo Emerson (1836) expresaba que nuestra voluntad debe aplicarse para preservar y administrar las esencias de la naturaleza, haciendo uso racional de ellas.